



UNIVERSIDAD MILITAR  
NUEVA GRANADA

1099

# HOMENAJE AL LIBERTADOR



925.1  
H65  
Ej.2

925.1

H65

672

UNIVERSIDAD MILITAR  
"NUEVA GRANADA"  
BIBLIOTECA

Molina



20080129

5.000

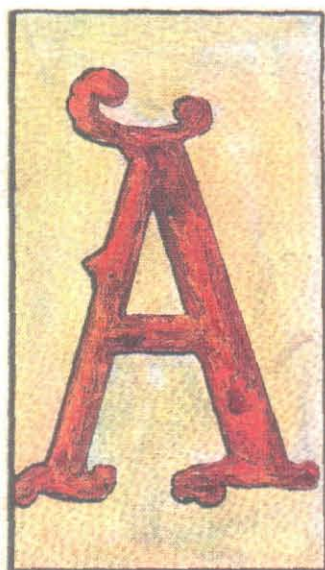
2-1275



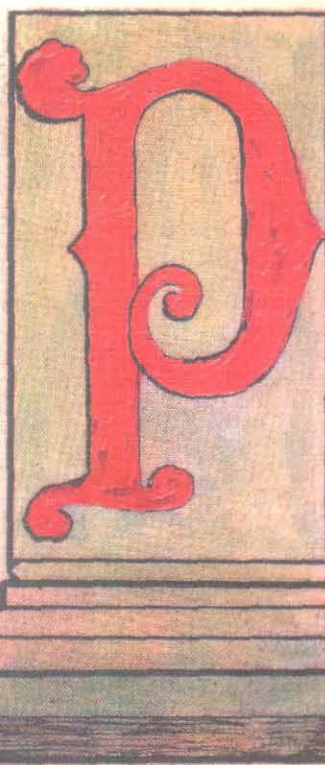




ada más grato ni más satisfactorio para la Universidad Militar Nueva Granada que tributar este homenaje a la memoria perdurable del Libertador. Un testimonio que represente la máxima consagración que merecen la vida y la obra de quien luchó hasta su muerte por la libertad y la unidad de los pueblos de América.



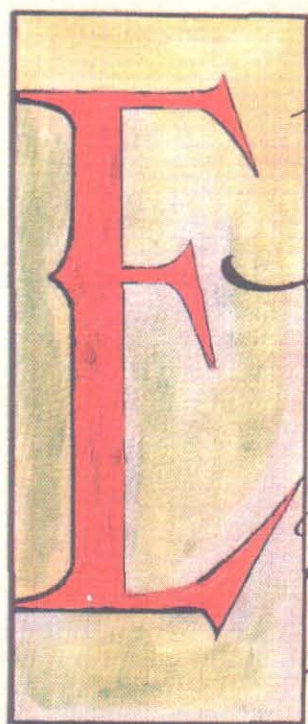
nte los graves problemas sociales que agobian a la nación colombiana y ante la crisis de valores por la que atraviesan sus gentes y dirigentes, es preciso tomar al espíritu tutelado de Bolívar. Y los claustros de esta Universidad así deben hacerlo, como si fuera un imperativo categórico.



ara este cometido, reflexionemos brevemente: "Bolívar piensa que es un deber proporcionar al hombre las medias para salir de la imperfección con que nace. La preocupación por la instrucción pública fue la que le hizo exclamar en forma impercedera: Un hombre sin estudios es un ser incompleto."



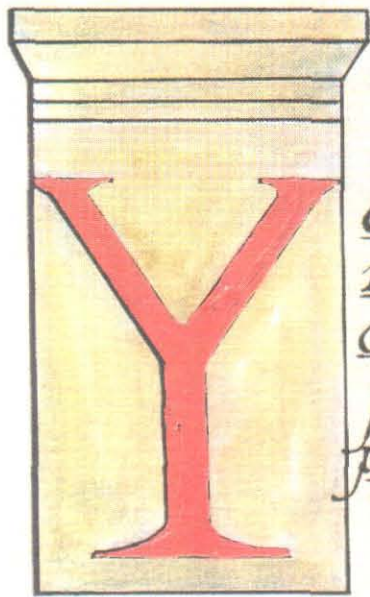
Consecuentes con este postulado bolivariano, las directivas, profesores y estudiantes deben forjarse una meta: hacer de la Universidad Granadina una fortaleza de ideas y de conocimientos artísticos, científicos y humanísticos, para que luego fructifiquen en bien de la comunidad.



El nombre del Libertador Simón Bolívar, conubstantiado con la Universidad Militar "Nueva Granada", constituye un compromiso para el futuro: un futuro con profesionales idóneos que hagan de Colombia un país cada vez más grande, más próspero y con mayor dignidad humana. Una grandeza que tenga sólidas bases en la virtud y en el humanismo, en la justicia social y en la solidaridad.



Y los elucos de la Universidad Militar "Nueva Granada", el espíritu insomne del Libertador debe palpitar al unísono, con maestros y discípulos, en un haz de voluntades y de responsabilidades que respondan al clamor de don Simón Rodríguez, el vidente maestro del Libertador: "Educar es crear voluntades".

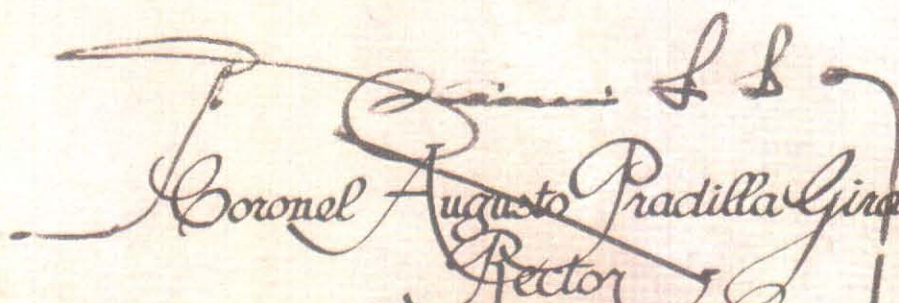


o he seguido el sendero que Rodríguez  
me señaló, escribe la pluma del  
discipulo. El formó mi corazón  
para la libertad, para la justicia,  
para lo grande, y para lo hermoso.



ue la Universidad Militar  
"Nueva Granada"  
haga eco de estos sentimientos: de  
la suprema y máxima, del maestro  
iluminado que pasó su vida enseñando,  
y del acopio de las sabias enseñanzas  
que nos legara el Genio de América.

Bogotá, D. C. Julio 24 del 2000

  
Coronel Augusto Pradilla Giraldo  
Rector  
Universidad Militar "Nueva Granada"

# Bolívar

## Juana de Ibarbouro

Los hombres de luces y honrados son  
los que debieran fijar la opinión pública.  
El talento sin probidad es un azote.

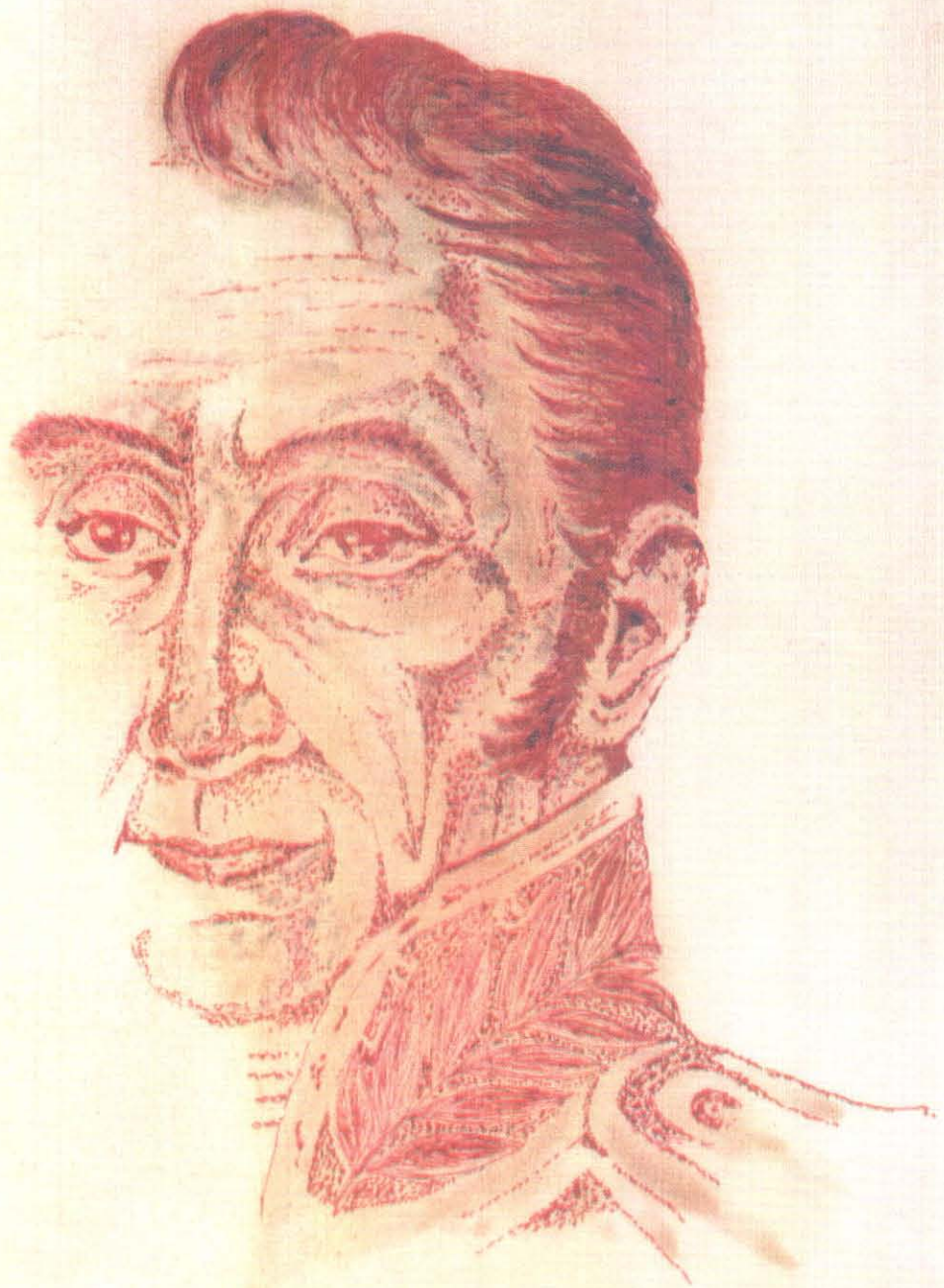
El que no está con la libertad, puede conservar  
las cadenas del infortunio y con la desaprobación  
universal.

Mi política ha sido siempre por la  
estabilidad, por la fuerza y por la  
verdadera libertad.

Bolívar

**G**rande como Napoleón y como Alejandro, la  
grandeza de Bolívar no desmerece al lado de los  
más ilustres capitanes de la historia; mejor, diríase  
que resplandece con un fulgor distinto y aun quizás  
más vivo, pues estando en la admiración de los  
hombres tan alto como el corvo inmortal y el glo-  
rioso macedonio, su aureola tiene una luminosidad  
pura, que le da un carácter augusto y único. Es  
que, aquellas son los conquistadores y el héroe  
de Venezuela es el reconquistador. Hay una diferencia  
enorme entre una designación y otra. La conquista es la  
usurpación, el gran hurto que cobija la historia; la liber-  
tad de un pueblo o sea su reconquista, es la revolución  
obtenida a fuerza de heroísmos y de sacrificio. A la  
primera la amadrinan la ambición y la avididad de  
mayores bienes materiales; la otra es la hija de la  
justicia, se arraiga en el derecho y hace de cada  
soldado un visionario y un estoico. Hay entre





Spina

ambas la misma diferencia que existe entre un halcón y un águila. Y si en la admiración del mundo las dos se aparejan, es porque el alma del hombre es épica en el fondo y nada la hace vibrar con más fuerza que el espectáculo de la victoria con su amplitud y su resplandor. Por otra parte el hombre que triunfa constituye siempre una excepción superior, sea cual fuere el campo en que actúa. Y esa superioridad, respetada por la masa, le crea un ambiente de consideración más o menos general (según la calidad del individuo y las circunstancias que le rodean) y le hace merecedor a títulos que van en escala ascendente desde el vivo hasta el genio.

**I**magínese, pues, lo que tiene que significar para todo el mundo civilizado un ser como Bolívar, en el cual parecen haberse dado cita todas las excepciones. Si cada necesidad origina el hecho en el cual ha de satisfacerse y el genio es creado por una suma de imperativas que tienden a una solución, bien puede afirmarse que Bolívar es el resultante de trescientos años de coloniaje fructificando en una concentrada avidez de libertad. ¡Quién sabe en que cruzol fundó el destino aquel espíritu que tuvo vislumbres de Platon y de Brummel, de Tamerlán y de Cicerón! No hay en la historia del continente figura más completa y abasalladora que la de Bolívar. Fue el genio, recordado por el encanto de su nombre se desprende aún hoy una sugestión poderosa que debió rendir en su época todas las voluntades y hacer de él un rival temible, pues cuando el valor se une a la simpatía, convierte en el dueño de un arma con más poder ofensivo y defensivo que la espada.

**A** su misión sin igual de libertador, no de un solo pueblo, sino de pueblos, se unía una cultura superior, una elocuencia natural y ardiente, un minucioso cuidado de su ademán y su figura y en todo momento tal seguro gesto de gran señor,



Manuelita

que quizá Bolívar ganó tantas victorias con su sola presencia como con sus ejércitos.

**S**i a algún ser humano le cabe el título de superhombre, es a él, sin discusión; porque Bolívar es la figura más empujada y más alta que posee la historia de América. Fue el héroe, de la misma manera que el diamante es el diamante; por donde quiera que se le mire, física o espiritualmente, en conjunto y en detalle. En él no había nada vulgar, ni de inferior. Parece que Dios mismo se hubiera complacido, al crearlo, en hacer de él la imagen más atractiva del heroísmo. Si tuvo faltas y defectos, su propia grandeza los borra de tal modo, que con él es casi imposible hacer crítica fría o sencillamente serena; avasalla, sugiere y por fuerza todo estudio sobre su personalidad vertiginosa se transforma en alabanza exaltada y en rendido panegírico.

**B**olívar tiene tanto de legendario que yo misma confieso que sólo empecé a advertir su contorno humano cuando me puse a estudiar su vida y sus hechos. Vi entonces combatir y padecer como los hombres aquella especie de Ulises, que tenía en la imaginación; el héroe fue cobrando entonces un relieve vivo y la admiración haciéndome más entrañable y más cálida. Ahora puedo asegurar que nunca un hijo de mujer, se ha alzado ante mis ojos más alto y más circundado de claridad.

**S**upremo de interés y soberano desequilibrio mental que hacen de Bolívar el héroe completo y el reconquistador por excelencia!

**P**uede asegurarse que la revolución americana tuvo siempre médula monárquica y que, desde el Golfo de México hasta el estrecho de Magallanes, nació con la ambición de un trono y la aspiración de cambiar el gorro frigio por una corona regia. (En 1884

México llegó a ver cumplido este sueño y el desventurado Maximiliano de Austria pagó cara la realización de ese ideal suicida. Solo Bolívar y Artigas miran hacia el futuro con seguridad de adivinadores. Bolívar, pugnando por el consulado, y Artigas, francamente adicto a la República, salvan definitivamente la dignidad de la independencia en América. Es que el Héroe de Venezuela fue en todo un vidente. Este mismo ideal americanista que ahora nos agita, tiene su raíz en aquel sueño de Bolívar que quería hacer de todos los pueblos de América una sola confederación unificada a una liga política y militar, regida por un cuerpo anfictónico que reprodujera la liga Aquea de Grecia. No nos dirigimos a ello, por ahora, porque aún los hombres no están preparados para la abnegada eliminación total de las fronteras políticas; pero las borramos ya ideológicamente y la América Española tiende a realizar el gran sueño del vencedor de Carabobo y Ayacucho.

Todos los congresos americanistas de hoy están presididos por la sombra inmensa y tutelar de Bolívar.



**D**ES posible, siendo mujer, comentar al Héroe de Venezuela sólo en sus aspectos de guerrero y orador. Posee, además, otra arista brillante que ilumina de simpatía a toda su compleja personalidad. Es ésta su faz de hombre de mundo, galante por naturaleza y por naturaleza también velamente en sus afectos. Tiene un dulce y melancólico encanto el desgraciado romance de amor con aquella encantable y graciosa María Teresa del Toro, cuya muerte fue tal vez el origen secreto de su gloria.



**U**na mujer comparte con la esposa tempranamente perdida, el orgullo de haber sido amada por Bolívar. Era Manuelita Sáenz, la hermosísima que tenía que todo por él un culto permanente y que fue quizá la única mujer, después de María Teresa, a quien el Héroe quiso de veras.

Manuelita, llamada por él "la amable loca", poseía un carácter resuelto y apasionado que más de una vez puso en graves aprietos a Bolívar.

Casada con un médico inglés, mister Thorne, dejó familia, posición social, conveniencias y consideraciones por seguir al gallardo general, cuya vida salvó en aquella trágica noche de Septiembre, en que un grupo de conjurados intentó asesinarle en su propia habitación.

**P**OR esto Bolívar la llamó a su vez "La Libertadora". Y ella está en la historia de América, junto a su inmortal amante, como si fuera una preciosa flor del trópico prendida sobre la capaca de gala del Libertador.

**H**ispanoamérica es Bolívar.  
Y nunca podrá tener un nombre  
más claro y más grande, que  
cuando se la llame con nombre  
de su Libertador total. Porque si  
de hecho el Héroe de Venezuela  
independizó a cinco países, no hubo uno  
solo en el Continente que no sintiera su influen-  
cia, y la emancipación de cada uno emanó,  
en una u otra forma, de su ejemplo o de su  
fuerza. Y ahora, además, se estamos  
quizá debiendo esta libertad ideológica que  
ya se inicia y que nos viene tal vez de  
aquel sueño de la confederación americana  
de Bolívar.

# La Carta de Jamaica

Kingston, 6 de Septiembre de 1815

**M**e apresuro a contestar la carta de 29 del mes pasado que usted me hizo el honor de dirigirme y yo recibí con la mayor satisfacción.

**S**ensible, como debo, al interés que usted ha querido tomar por la suerte de mi patria, afligiéndose con ella por los tormentos que padece desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos por parte de sus destructores los españoles, no siento menos el comprometimiento en que me ponen las solícitas demandas que usted me hace sobre los objetos más importantes de la política americana. Así, me encuentro en un conflicto entre el deseo de corresponder a la confianza con que usted me favorece y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y de libros cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo.

**E**n mi opinión es imposible responder a las preguntas con que usted me ha honrado. El mismo Barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo



haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas, y, por consecuencia sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura, y a las verdaderas proyectos de los americanos, pues de cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra por sus posiciones físicas, por las vicisitudes de la guerra y por las cálculas de la política.



Como me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de usted no menos que a sus filantrópicas miras, me animo a dirigir estas líneas, en las cuales ciertamente no hallará usted las ideas luminosas que desea, mas sí las ingenuas expresiones de mis pensamientos.



Tres siglos ha, dice usted, que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y jamás serían creídas por los críticos modernos, si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. El filantrópico Obispo de Chiapa, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas, extractada de las sumarias que siguieron en Sevilla a los conquistadores, con el testimonio de cuantas personas respetables había entonces en el Nuevo Mundo, y con los procesos mismos que los tiranos se hicieron entre sí: como consta por las más sublimes historiadores de aquel tiempo. Todas las imparciales han hecho justicia al celo, verdad

y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y contemporáneos las actas más horrorosas de un frenesí sanguinario.



Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de usted en que me dice "que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales". Yo tomo esta esperanza como una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestras esfuerzos, porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que lo unía a la España está cortado: la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía: lo que antes las enlazaba, ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestras padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza, nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno; no obstante que la inconducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía, o por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos: todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas: se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos.

**P**

or lo tanto, la América combate con despecho;  
y rara vez la desesperación no ha arrastrado  
tras sí la victoria.

**P**

orque los sucesos hayan sido parciales y alternados,  
no debemos desconfiar de la fortuna. En unas  
partes triunfan los independientes, mientras que  
los tiranos en lugares diferentes obtienen sus  
ventajas. ¿Cuál es el resultado final? ¿No  
está el Nuevo Mundo entero conmovido y armado  
para su defensa? Echemos una ojeada y  
observaremos una lucha simultánea en la misma  
extensión de este hemisferio.

**E**

l belicoso Estado de las Provincias del Río de  
la Plata ha purgado su territorio y conducido  
sus armas vencedoras al Alto Perú, conmoviendo  
a Arequipa e inquietando a los realistas de  
Lima. Cerca de un millón de habitantes  
disfruta allí de su libertad.

**E**

l reino de Chile, poblado de 800.000 almas,  
está lidiando contra sus enemigos que pretenden  
dominarlo; pero en vano, porque los que antes  
pusieron un término a sus conquistas, los  
indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y  
compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para  
probarles que el pueblo que ama su independencia por  
fin la logra.

**E**

l virreinato del Perú, cuya población asciende  
a millón y medio de habitantes, es sin duda  
el más sumiso y al que más sacrificios se

le han arrancado para la causa del rey, y bien que sean vanas las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indubitable, que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente, que amenaza a las mas de sus provincias.



La Nueva Granada, que es, por decirlo así, el corazón de la América y obedece a un gobierno general, exceptuando el reino de Quito, que con la mayor dificultad contiene sus enemigos, por ser fuertemente adicto a la causa de su patria; y las Provincias de Panamá y Santa Marta, que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores: dos millones y medio de habitantes están esparcidos en territorio que actualmente defienden contra el ejército español bajo el General Morillo, que es verosímil sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Mas si la tomare será a costa de grandes pérdidas, y desde luego, carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigerados y bravos moradores del interior.



Cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rapidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa, no obstante que era uno de los países más bellas de cuantos hacían el orgullo de la América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y sólo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia: algunas mujeres, niños y ancianos, son los que quedan. Las mas de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor en los campos y en los pueblos internos, hasta expirar o arrojar al mar.

a los que, inexiables de sangre y de crímenes,  
rivalizan con los primeros monstruos que hicieron  
desaparecer de la América a su raza primitiva.  
Cerca de un millón de habitantes se contaban en Venezuela;  
y sin exageración se puede asegurar que una cuarta  
parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el  
hambre, la peste, las peregrinaciones, excepto el terremoto,  
todos resultados de la guerra.



Nueva España había en 1808, según nos  
refiere el Barón de Humboldt, 7.800.000 almas,  
con inclusión de Guatemala. Desde aquella época,  
la insurrección que ha agitado a casi todas sus  
provincias ha hecho disminuir sensiblemente aquel computo  
que parece exacto, pues más de un millón de hombres han  
perecido como lo podrá usted ver en la exposición de Mr.  
Walton que describe con fidelidad los sanguinarios  
crímenes cometidos en aquel opulento imperio. Allí la  
lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y  
de todas especies, pues nada ahorran los españoles con  
tal que logren someter a los que han tenido la desgracia  
de nacer en este suelo, que parece destinado a  
empaparse con la sangre de sus hijos. A pesar de  
todo, los mexicanos serán libres, porque han abrazado  
el partido de la patria, con la resignación de vengar a  
sus pasados o seguirlos al sepulcro. Ya ellos dicen con  
Raynal: llegó el tiempo, en fin, de pagar a los españoles  
suplicio con suplicio, y de ahogar a esa raza de  
exterminadores en su sangre o en el mar.



Las islas de Puerto Rico y Cuba, que entre  
ambas pueden formar una población de  
700 a 800.000 almas, son las que más  
tranquilamente poseen los españoles, porque

están fuera del contacto de los independientes. Mas,  
¿no son americanos estas insulares? ¿No son vejadas?  
¿No dexarian su bienestar...?



Este cuadro representa una escala militar  
de 2.000 leguas de longitud y 900 de latitud  
en su mayor extensión, en que 16.000.000 de  
americanos defienden sus derechos o están  
oprimidos por la Nación Española, que, aunque  
fué en algún tiempo el más vasto imperio del mundo,  
sus restas son ahora impotentes para dominar el  
nuevo hemisferio y hasta mantenerse en el antiguo.  
¿La Europa civilizada, comerciante y amante de la  
libertad, ¿Permite que una vieja serpiente, por sólo  
satisfacer su sana envenenada, devore la más bella  
parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Esta la Europa sorda al  
clamor de su propio interés? ¿No tiene ya las ojos para  
ver la justicia? ¿Canto se ha endurecido para ser de  
este modo insensible? Estas cuestiones, cuanto más las  
medito, más me confunden: llego a pensar que se  
aspira a que desaparezca la América; pero es  
imposible, porque toda la Europa no es España.  
¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar  
la América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados!  
Pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a  
su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse  
de sus vecinas. Por otra parte, ¿podrá esta nación  
hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo  
sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin  
artes, sin ciencias, sin política? ¿Lograda que fuese  
esta loca empresa, y suponiendo más, aún lograda  
la pacificación, los hijos de los actuales americanos,  
unidos con los europeos reconquistadores, ¿no volverían  
a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos

designios que ahora se están combatiendo?



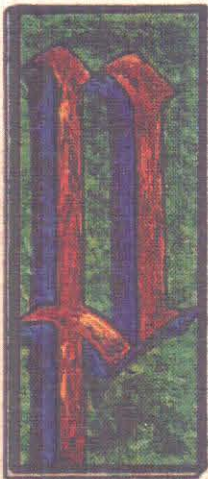
La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad, porque a lo menos le ahorraría los gastos que expende y la sangre que derrama; a fin de que fijando su atención en sus propios recintos fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones violentas en pueblos remotos, enemigos y poderosos. La Europa misma, por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana, no solo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio. La Europa, que no se halla agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia, como la España, parece que estaba autorizada por todas las leyes de la equidad a ilustrarla sobre sus bien entendidos intereses.



Cuantos escritores han tratado la materia se acordaban en esta parte. En consecuencia, nosotros esperábamos, con razón, que todas las naciones cultas se apresurarian a auxiliarnos para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son reciprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas esperanzas! No solo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte, se han mantenido inmóviles espectadores en esta contienda, que, por su esencia, es la más justa y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos, porque hasta donde se puede calcular la trascendencia de la libertad del hemisferio de Colón?



La felonía con que Bonaparte, dice usted, prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esa nación que, tres siglos ha, aprisionó con traición a dos monarcas de América Meridional, es un acto muy manifiesto de la retribución divina, y, al mismo tiempo, una prueba de que Dios sostiene la justa causa, de los americanos y les concederá su independencia".



parece que usted quiere aludir al monarca de México, Moctezuma, preso por Cortés y muerto, según Herrera, por el mismo, aunque Solís dice que por el pueblo; y a Atahualpa, Inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y Diego Almagro. Existe tal diferencia entre la suerte de los reyes españoles y los reyes americanos, que no admiten comparación; los primeros son tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono, mientras que los últimos sufren tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos. Si a Cuauhtemotzin, sucesor de Moctezuma, se le trata como emperador y se le pone corona, fue por inisión y no por respeto, para que experimentase este excarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michiacan, Caltzontzin, el Sipá de Bogotá, y cuantos Toquis, Tmas, Sipas, Elmenes, Caciques y demas dignidades indianas sucumbieron al poder español. El suceso de Fernando VII es más semejante al que tuvo lugar en Chile en 1535 con el Ollmen de Copiapó, entences reinante en aquella comarca. El español Almagro pretextó, como Bonaparte, tomar partido por la causa del legítimo soberano, y en consecuencia llama al usurpador como Fernando lo era en España; aparenta restituir al legítimo a sus Estados, y termina por encadenar y echar a las llamas al infeliz Ollmen, sin querer ni aun oír su defensa. Este es el ejemplo de



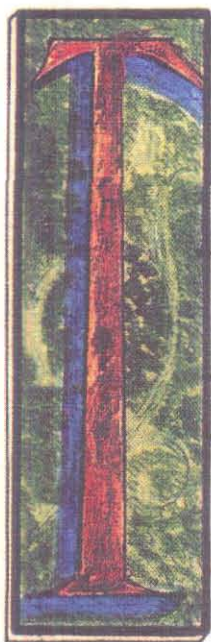
Fernando VII con su usurpador; los reyes europeos solo padecen destierros, el Elmer de Chile termina su vida de un modo atroz.

**D**espués de algunos meses, añado usted, he hecho muchas reflexiones sobre la situación de los americanos y sus esperanzas futuras: tomo grande interés en sus sucesos, pero me faltan muchos informes relativos a su estado actual y a lo que ellos aspiran; deseo infinitamente saber la política de cada provincia, como también su población; si desean repúblicas o monarquías, si formarían una gran república o una gran monarquía. Toda noticia de esta especie que usted pueda darme, o indicarme las fuentes a que debo ocurrir la estimaré como un favor muy particular".

**S**iempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Creador y la naturaleza le han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones, para no abrigar esta noble sensación; usted ha pensado en mi país y se interesa por él: este acto de benevolencia me inspira el más vivo reconocimiento.

**D**e dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos, sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres y muchas veces errantes; siendo labradores, pastores, nómades perdidos en medio de espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias y aisladas entre lagos y rías caudalosas. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes

comarcas? Además, los tributos que pagan los indigenas, las penalidades de los esclavos, las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores, y otros accidentes, alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducir a la mitad del verdadero censo.



odavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política, y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Pudo prever, cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cual sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, esta será pequeña, aquella grande? En mi concepto, esta es la imagen de nuestra situación. Nosotras somos un pequeño género humano, parecemos un mundo aparte, cercado por dilatadas mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en las usas de la sociedad civil. No considero el estado de la América como cuando, desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político conforme a sus intereses y situación, o siguiendo la ambición particular de algunas jefes, familias o corporaciones, con esta notable diferencia: que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos: mas nosotras, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue,

y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país, y que mantenemos en él, contra la invasión de los invasores, así nos hallamos en el caso extraordinario y complicado. No obstante que es una especie de adivinación, indicar cual será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un dexo racional y no por un raciocinio probable.



La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultades para elevarnos al goce de la libertad. Permítame usted estas consideraciones para elevar la cuestión.

Los Estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella; luego un pueblo es esclavo, cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, suelta y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios hallaremos que la América, no solamente estaba privada de su libertad, sino también de la tiranía activa y dominante.

Me explicaré. En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, kán, bey y demás soberanos despóticos es la ley suprema, y esta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la

administración civil, militar, política, de rentas, y la religión. Pero al fin son persas los jefes de España, son turcos los visires del gran señor, son tartaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandatarios militares y letrados al país de Gengis Kan que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tartaros.



uán diferente entre nosotros. Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos, en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo. Gozaríamos también de la consideración personal que impone a las hijas del pueblo cierto respeto magninal, que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos está permitido ejercer sus funciones.



os americanos, en el sistema español que está en vigor y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos, propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes; tales son las prohibiciones del cultivo de frutas de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las

trabas entre provincia y provincia americanas para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón; las llanuras solitarias para criar ganados; las desiertas para cazar las bestias feroces; las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

**T**an negativo era nuestro estado, que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política, de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

**E**stábamos, como acabo de exponer, abstraídos, y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financieros, y casi ni aun comerciantes: todo en contraversión directa de nuestras instituciones.

**E**l Emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América, que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que los ejecutaran por su cuenta y riesgo, prohibiéndoles hacerlo a costa de la Real Hacienda,

y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizasen la judicatura en apelación, con otras muchas excepciones y privilegios que sería prolijo detallar. El rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo, existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país originarios de España, en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.

**D**e cuanto he referido, será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona, y por la inicua guerra que la Regencia nos declaró sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad. Sobre la naturaleza de los gobiernos españoles, sus decretos conminatorios y hostiles, y el curso entero de su desesperada conducta, hay escritos del mayor mérito en el periódico *El Español*, cuyo autor es el Sr. Blanco, y estando allí esta parte de nuestra historia muy bien tratada, me limito a indicarlo.

**S**os americanos han subido de repente, sin los conocimientos previos, y lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores